

**TRAGEDIA INTIMA
O
MADETTE
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO**

ALTA COMEDIA EN TRES ACTOS

Esta obra, escrita originalmente en francés con el título de **MADETTE**, fue confiada en 1927 en Paris al grupo de vanguardia Atenas, dirigido por Regina Lequeré. Esta versión española la estrenó en el Teatro Municipal de Bogotá la Compañía Bogotana de Comedias en la noche del catorce de enero de 1944, con el siguiente

REPARTO

MADETTE	Fina Valdés
LINA	Blanca Trujillo Echeverri
DARIO	Dr. Juan C. Osorio
RAUL	Gabriel Restrepo

A LOS LECTORES E INTERPRETES

Para que esta obra llegue al público satisfactoriamente conviene crearle un clima de comprensión, explicando de antemano que se trata, no de expresar y complicar un conflicto, sino de sugerirlo.

El teatro de sugestión es refinamiento escénico de países como Francia, donde ha madurado, a través de siglos, el arte de las bambalinas; y hoy se trata de remozarlo con nuevos recursos, por planos más elevados de sensibilidad. En países nuevos como el nuestro, donde el teatro nace, y pretende aprovechar las experiencias europeas saltando sobre varias etapas, la masa y aun muchas personas cultas necesitan que se les ponga en claro el propósito del autor.

Esta comedia se ha representado de dos maneras en un mismo día: sin preparar al público, y preparándolo. En el primer caso prevaleció el desconcierto, porque aun los mismos tratos esperaban la explosión trágica, y ella no aparecía por ninguna parte. En el segundo caso, la reacción fue muy favorable,

Las palabras que han de decirse con este fin antes de levantar el telón son, más o menos, las siguientes:

Esta obra, aunque lleve el nombre de tragedia, no pretende hacerla estallar. Por lo contrario: a todo trance quiere velarla, disimularla y esconderla. Rara vez sale ella a la superficie, y lo hace con timidez y vacilación para volver luego a su fondo sin haber conmovido la rutina social.

Pero, ¿no podrá ser esto más del agrado de ustedes, que el dramón antiguo?... El conflicto ostentoso, que llega al escándalo, es siempre un caso de excepción, que por lo común interesa y sacude, pero no cautiva. En cambio, el conflicto oculto, inconfesado, que unas veces nos negamos a nosotros mismos y otras se hunde en los pliegues de nuestra subconsciencia, es la verdadera tragedia íntima y cotidiana

que a todos nos tortura. Busquémosla, pues, aquí, y veremos cómo sobre el tablado se reproducen nuestras propias inquietudes... Para ello, no hay que prestar mucha fe a cuanto digan los personajes, como tampoco la damos siempre a quien nos dialoga en la vida real. Un poco de malicia basta para comprender las mentiras, y saber cuándo hay verdad y cuándo se afirma lo contrario de lo que se siente... Bajo la superficie de las palabras, como bajo el oleaje marino, bullen, se arremolinan, chocan y se rechazan emociones y propósitos tan variados, que a veces ni siquiera tienen nombre en lengua vulgar... Tratemos de ahondar en ese mundo submarino, tan ilimitado, pero al mismo tiempo tan familiar para todos nosotros. Si esa excursión divierte a lo largo de estos tres actos, el autor habrá logrado su propósito...

ACTO PRIMERO

Salón Estudio de escritos, en un apartamento moderno. Al fondo, del lado izquierdo del espectador, una arcada marca el pasadizo que conduce a la calle y al interior. A la izquierda, una puerta da paso hacia la alcoba, y a la derecha se encuadra un ventanal sobre la avenida. Sobrio conjunto de antigüedades, cuadros de arte y libros, en el que se destacan la mesa de trabajo, dos sillones confortables y una lámpara de pie. — Es de día.

MADETTE Y DARÍO

MADETTE. — (**Que llega con un cuaderno**). Ya lo encontré.

DARÍO. — ¿Dónde estaba?

MADETTE. — -Mi marido lo había guardado.

DARÍO. — Dejémoslo entonces en su sitio. Raúl no me ha mostrado una sola página de ese manuscrito, No querrá por lo tanto que yo...

MADETTE. — Raúl quería darte una impresión de conjunto. Como ya terminó...

DARÍO. — (**Leyendo**). "La mujer de mis treinta años" ... Buen título.

MADETTE. — (**Irónica**). Sobre todo para una novela de mi marido: ¡un hombre que se precia de haber tenido tantas aventuras antes de su matrimonio!

DARÍO. — ¡Siempre la obsesión! ¡Los celos retrospectivos!

MADETTE. — ¡Es natural!

DARÍO. — Para él, tú eres la primera. Créemelo, Madette.

MADETTE. — Sería demasiada candidez.

DARIO. –Es erróneo pensar que las aventuras de un hombre. Pero contéstame ante todo mi pregunta: ¿trabajamos ahora?

MADETTE. – Decídelo tú.

DARÍO. – Mis pinceles. ¡Pronto! Aprovechemos la soledad, que aquí es tan preciosa como rara... Hablaremos en tanto... ¿Dónde está el caballete.

MADETTE. – (*Mostrando la puerta de la izquierda*). En el vestíbulo.

DARÍO. – (*Sale por el fondo y regresa con el caballete*).

MADETTE. – (*Se sienta con aire reflexivo*)

DARÍO. – Tú eres la primera mujer que él quiere de una manera... ¿cómo diría yo? ...¡Auténtica!... ¿La caja de colores?

MADETTE. – Debajo de esa silla. (*Alcanza la caja*).

DARÍO. – Gracias... (*La abre y se alarma*). ¡Diantre!

MADETTE. – ¿Qué sucede?

DARÍO. – Que el rojo agoniza.

MADETTE. – ¡Está a tono con el ambiente!

DARÍO. – ¿Quieres darme un periódico?... Temo manchar la silla.

MADETTE - Aquí hay uno. (*Se lo alcanza*).

DARÍO. – Gracias... Ojala el rojo alcance... (*Mira a MADETTE*)... ¿Y esa actitud sombría?....No olvides que debes posar sonriendo

MADETTE. – Lo haré cuando sea necesario.

DARÍO. – Es curioso. Te hablo de Raúl para alegrarte, y te intranquilizas.

MADETTE. – (*Escéptica*). Raúl...

DARÍO. – ¡Lo nombras con qué actitud de mártir!

MADETTE. – Hablemos de otra cosa.

DARÍO. – Hablemos de él. Necesito comprender todas esas inquietudes de mujer enamorada...Así estudio mejor tu carácter... Y te tengo quieta unos minutos.

MADETTE. – Detesto hacer confidencias.

DARÍO. Siéntate...Dime esa mujer de los treinta años, ¿eres tú?

MADETTE. – (*Dejando el manuscrito sobre una mesa con aire de desilusión*)... Cuando él tenía esa edad, aún no nos conocíamos... Además, yo no le inspiro... Me encuentra insignificante al lado de todos sus recuerdos. (*Se sienta*).

DARIO. – Es feliz por la primera vez en la vida. ¿Qué quieres?... La felicidad conyugal no está de moda en la literatura.

(*Suena un timbre*)

MADETTE. – (*Levantándose*). Un momento.

DARÍO. – (*Fastidiado*), ¡Visita! ¡Apuesto a que es visita...Precisamente cuando empiezo a encontrar un poco de inspiración.

(*Tres toques cortos*).

MADETTE. – Tres toques cortos. Es Lina.

DARÍO. – ¡Lina, para completar! Nunca estaré aquí a mi gusto. (*Mientras DARÍO mueve los pinceles con hondo desagrado, MADETTE sale por el fondo, y regresa con LINA*).

LINA. – Vengo por diez minutos nada más. No me siento...Tengo una cita a las cinco.

MADETTE. – ¿Con el Teniente?

LINA. – No. Con el Capitán.

DARÍO. – ¡Ojala que el próximo sea mariscal ...

LINA. – ¿Usted ahí? ... No lo había visto... ¿Cuándo podré venir acá sin encontrármelo? ... ¿Pintando? ... En cambio, cuando lo buscan en su casa, siempre contesta al teléfono una vocecita triste de mujer: "ha salido".

MADETTE. – ¿Cómo? ... ¿Tienes en tu estudio una mujer misteriosa?

DARÍO. – Por lo común, una mujer... Simplemente. La modelo de turno.

LINA. – (*Maliciosa*). ¿Una por cuadro?... ¿Cuántos ha pintado en el año?... (*Va al manuscrito*). ¿Qué es esto?

MADETTE. – Una novela de Raúl.

LINA. – (*Despectiva*). ¡Ah!... (*Sigue fisgando*)... ¿Y esto?... ¿Todavía bombones?

MADETTE. – ¿Quieres?

LINA. – (*Ironica*). ¿Te los trajo tu marido?

MADETTE. – Me los trajo Darío.

LINA. – ¡Te mima demasiado!

MADETTE. – ¿Crees tú?

LINA. – No tienen cara de ser muy buenos; pero... (*Se echa uno a la boca*).

DARÍO. – A falta de un motivo de murmuración.

MADETTE. – Ustedes dos no pueden vivir en paz.

LINA. – A pesar de todo, somos muy buenos amigos. ¿No es cierto... Yo nunca me disgustó con él. Comprendo que las modelos le tienen agriado el genio... Debe haber alguna que lo trastorna,

MADETTE. – (*Sorprendida*). ¿De veras, Darío?

DARÍO. – Lo único que me domina en la vida es el arte. Todo lo demás...

MADETTE. – ¿El amor es secundario?

DARÍO. – Es la mezcla de dos cosas incompatibles: la pasión y la amistad... Siempre procuro tener los más fieles amigos y las más cortas aventuras.

LINA. – (*Tomando otro bombón*). Estos son entonces los bombones de la amistad... (*Lo saborea con delicia*)... de la constancia...y

DARÍO. – ¿Vamos, Madette?

MADETTE. – ¿La tela?

DARÍO. – Hazme el favor.

LINA. – ¿Qué tela?

MADETTE. – Está haciendo mi retrato,

LINA. – ¡Tu retrato!

DARÍO. – (**Fastidiado ya**) ¿Qué tiene eso de extraordinario?

LINA. – Entonces... todo se explica... Eres para él algo más que una amiga: ¡la inspiradora!... Ocupas el primer puesto... ¡Te felicito!

MADETTE. – Gracias.

(**Sale MADETTE por la izquierda**).

LINA. – ¡Ingrato!... A usted no se le puede manifestar simpatía, porque abusa.

DARÍO. – ¿otro bombón?

LINA. – Disimule... Le pedí que hiciera mi retrato... Le prometí ir a posarle a su casa... ¡Ah, no!... Olvidaba que su casa es... Aquí... Quiero decir, a su estudio... su antiguo estudio.

DARÍO. – En materia de modelos soy muy caprichoso.

LINA. – Es verdad. No tengo el atractivo de Madette.

DARÍO. – (**Sin mirarla**). Mucho más atractivo... Pero menos carácter.

LINA. – ¡Qué franqueza!

DARÍO. – Hablo como pinto... Quiero decir: una cabeza sin carácter.

LINA. – (**Mordaz**). ¿No pinta usted sino cabezas?

DARÍO. – A veces también la hoja de la parra... Si le interesa.

LINA. – Usted quiere pelear conmigo; pero no le doy gusto... (**Tararea y hace algunos pasitos de bailes**).

(**MADETTE regresa con la tela**)

MADETTE. – Aquí está.

LINA. – (**Precipitándose a descubrir el cuadro**). ¡Qué horror... ¿Y esto es Madette?

DARÍO. – (**A MADETTE**).. ¿Estás lista?

MADETTE. – S i.

DARÍO. – Siéntate allá, en el mismo sitio de ayer.

MADETTE. – (*Obedeciendo*). ¿Hay que sonreír?

DARÍO. – Sí... Más suavemente... Sin cerrar tanto los ojos. ¡Quietecita, por favor!... Baja la cabeza un poquitín... Así... Mira en esa dirección... Allí... No te muevas.... ¿Por qué vuelves la cabeza para otro lado?

LINA. – ¿Y yo qué debo hacer?

DARÍO. – ¿Aun no son las cinco?

LINA. – ¿Quieren que me vaya? ... (*Pausa*)... Entonces...

MADETTE. – ¡Qué difícil es la inmovilidad!

LINA. – (*Yendo lentamente a DARÍO*). ¿Puedo ayudarle?

DARÍO. – (*Seco*). Si eso la distrae... Tenga esta aceitera.

LINA. (*Asqueada*). Gracias... (*Obedece resignadamente*).

(*Entra RAÚL por el fondo*)

MADETTE. – (*Corre a su marido y le besa con entusiasmo las mejillas, los ojos, la frente*). ¡Amorcito.

RAÚL. – (*Tierno*), ¿Qué tal?

LINA. – ¡qué pareja tan ejemplar! Nadie creerá que llevan un año de casados.

(*Inclina la aceitera con aire inconsciente*).

DARÍO. – (*Sujetando el frasco*)... ¡Cuidado!... ¡Se derrama!

LINA. – (*Fríamente*). Perdón... (*Va al manuscrito y se dedica a hojearlo*).

RAÚL. – (*A DARÍO, golpeándole el hombro*). ¡Salud!

DARÍO. – Te he invadido tu estudio.

RAÚL. – (*Jovial*). Eso veo.

DARÍO. – Culpa a tu mujer.

RAÚL. – Había dos caminos: o ella posaba, o yo me volvía loco. Hace quince días que no habla de otra cosa.

DARÍO. – Pero es tarea difícil, hacer un retrato de Madette... Mírala: ya va a escaparse... ¿A dónde vas?

MADETTE. – Resulta imposible ser a la vez modelo y ama de casa.

DARÍO. – (**Suplicante**). Levanta la cabeza,

MADETTE. – ¡Qué cabeza!

LINA. – (**Leyendo**). ¡Qué divinidad!

RAÚL. – (**Yendo a ella**). ¿Entretenida con mi manuscrito?

LINA. – Tanto, que hasta olvidé una cita,

RAÚL. – ¡qué adorable admiradora!

MADETTE. – (**Se levanta bruscamente y corre hacia su marido**). Raúl: lo que te encargué.

DARÍO. – (**Descorazonado**). Renuncio de una vez por todas. Es imposible, completamente imposible. Voy a romper la tela.

MADETTE. – (**Corriendo al caballete**). ¡No, no!

DARÍO. – (**Espátula en mano**)... Ven, Raúl. Eres el llamado a destruir esta fisonomía en ciernes. Eres el dueño... Aquí está el cuchillo .

MADETTE. – (**Defendiendo la tela**). ¡No faltaba más!

DARÍO. – ¿Te estarás quieta?

MADETTE. – Escojamos otro sitio donde nos dejen tranquilos.

RAÚL. – (**Afable**). Si es por mí...

LINA. – (**Muy susceptible**). Si es por nosotros...

DARÍO. – Basta que vuela un mosco para que todo se eche a perder. Madette no podrá nunca estarse quieta un minuto.

LINA. – Es como yo.

DARÍO. – No del todo. Ella cambia de sitio. Usted, de pareja.

(**Risa discreta de RAUL y MADETTE**)

LINA. – ¡Y!, ahora recuerdo!... (*Mira su reloj de pulsera*). ¡Cinco y cuarto!... Eh, que espere un poco más.

RAÚL. – Quién es ese desdichado?

LINA. – (*Riendo picarescamente*)... Es un amigo...

MADETTE. – (*A DARÍO*). Escojamos otro sitio más tranquilo... ¡La terraza!

DARÍO. – Habría que comenzar de nuevo. Allá la luz es otra... Y demasiada luz.

MADETTE. – ¡Ya está! ¿Por qué no en tu estudio?

RAÚL. – (*Vuelve a mirar extrañado, pero domina su inquietud*).

DARÍO. – (*Extrañado*). ¿En mi estudio?

MADETTE. – ¿No te parece bien, Raúl?

RAÚL. – (*De labios para fuera, vacilante*)... Sí...

MADETTE. – Decidido. Iré allá.

DARÍO. – Pero... ¡Si aquí estamos bien!

MADETTE. – Es la única manera, creo, de acabar pronto el retrato ... ¿Apruebas, Raúl?

RAÚL. – ¿Por qué no?

MADETTE. – Ya verás, que así no te haré rabiar más.

DARÍO. – Pero me parece que aquí...

MADETTE. – Aquí es imposible... Vamos a guardar el caballete.

LINA. – Si cuentas conmigo para que te acompañe a esas dichosas sesiones...

MADETTE. – No faltará un alma caritativa que te reemplace.

RAÚL. – (*A DARÍO*). ¿Quieres que te ayude?

MADETTE. – No, mi amor. Tú estás siempre en las nubes. Eres capaz de dejar caer el cuadro.

(*MADETTE y DARIO salen por la izquierda con el caballete*).

LINA. – ¡qué afición a la pintura!

RAÚL. – Eso veo.

UNA. – Yo prefiero la literatura. Ay, cómo me encantaría conocer esta obra...Pero leída por usted.

RAÚL. – Cuando quiera, Lina.

LINA. – Venga mañana a tomar el té conmigo. Traiga el manuscrito, y lo leeremos donde nadie nos interrumpa.

(*Oyese un ruido fuera*).

RAÚL. – ¿qué pasa?

LINA. – ¡Ay, qué susto! (*Respira con dificultad*).

RAÚL. – A pesar de todo, se cayó el caballete.

LINA. – -¡Son ellos los que están en las nubes!

RAÚL. – (yendo a la izquierda) ¿Qué pasó?

DARÍO. — (*Fuera*). Nada, nada.

MADETTE. – (*Fuera*). ¿No le pasó nada al cuadro?...

JJIJNA- (*Acercándose a RAUL, muy insinuante*), entonces, ¿te espero mañana?

RAÚL. – Sin falta.

LINA. – Pero esa gente no tiene prisa. ¡Media hora para buscarle sitio a un caballete!... (*Va al teléfono*). ¿Alooo?... ¿Monteblanco?...Hágame un favor: fíjese a ver si a la entrada, a la derecha ,está un señor calvo, en vestido militar, de ojos muy vivos, carirredondo, rosadito, con bigotito...

RAÚL. – (*Festivo*). Darío: ¡ven pronto! ¡No te pierdas!

DARÍO. – (*Regresando a toda prisa*). ¿Qué pasa?

RAÚL. – Te hacen competencia. ¡Si vieras qué retrato!

DARIO. (*Desconcertado*). ¿Cual?

RAÚL. – El que está haciendo Lina por teléfono.

DARÍO. – (*Indiferente*), Ah...

LINA. – ¿Es usted, capitán?... Ay le pido mil perdones.

(*Tierna, mirando el reloj*). Ay, pobrecito mío... Me han demorado a la fuerza en casa de unos amigos... Sí, sí, voy... Media hora, más o menos. ¿Demasiado?... ¿Cómo haré? ... Entonces, dentro un cuarto de hora. ¿Está contento así? (*Cálida*) Entonces...hasta dentro de un cuarto de hora...Hasta luego...Sí... (*Cuelga*)...Me voy...Hasta mañana, Raúl.

RAÚL. – (*Acompañándola*). Hasta mañana, si.

LINA. – (*A DARÍO*). Y usted, señor mío, no logrará que yo lo aborrezca... A pesar de todo... (*Le da un golpecito en la mejilla antes de salir*).

(*LINA Y RAUL salen por el fondo. Oyese fuera la voz de las mujeres, que se dicen adiós. MADETTE regresa por el fondo*).

DARÍO. – Gracias a Dios que se fue. Esta vez me declaro militarista. Los militares son indispensables para asegurar la paz.

MADETTE. – Eres duro con la pobre Lina.

DARÍO. – Vengo aquí huyendo del fastidio, y es preciso que la encuentre siempre, como para llevarme la contraria.

MADETTE. – ¿Cómo evitarlo? ¡Somos amigas desde hace tanto tiempo!... Comprendo que es un poco alocada.

DARÍO. – ¿Un poco?

MADETTE. – No hay que culparla mucho. Cuando no se tiene más guía en la vida que una tía avejentada, medio sorda...

DARÍO. – ¡Desconfía!

MADETTE. – La encuentro demasiado coqueta para que sea peligrosa... (*Ríe*)...Te prometo que no la llevaré a tu estudio.

DARÍO. – Ese es otro cuento, Madette: creo que tú no debes ir allá.

MADETTE. – ¿Por qué?

DARÍO. – Raúl no está de acuerdo.

MADETTE. – ¿No le oíste decir sí?

DARÍO. – Por temor de herirme, o de sentirme ridículo. Pero ni él quiere que tú vayas, ni yo tampoco. Hay que pensar en los prejuicios, en las murmuraciones...

MADETTE. – ¡Vivimos tan lejos de todo eso!... Es absurdo lo que dices... ¿O vuelves a la misma obsesión de antes, cuando resolviste castigarnos con la ausencia?...Dime: ¿no fue entonces Raúl mismo quien te trajo acá por la fuerza... ¿No te hemos dicho mil veces que eres nuestro hermano.

DARÍO. – ¡Hermano!...¡Qué sueño... ¡Es fácil decirlo...Sin embargo...

MADETTE. – ¿Aún no quieres creerlo?

DARÍO. – Lo creo. y por lo mismo, tengo miedo.

MADETTE. – ¿Miedo? ... ¿A nosotros?...

DARÍO. – ¡Es tan peligroso vivir los sueños!! Resulta mejor guardarlos en el fondo del alma... Cuando tratamos de realizarlos, la vulgaridad los envuelve, los ensucia y los desfigura.

MADETTE. – Cállate, te ruego. No seas pesimista... ¿Sabes lo que mereces? ¡Que te castiguen! **(Le toma una mano como a un chiquillo). (Le da golpecitos en la mano)**...Así, así...

(RAUL regresa y descubre, en rápida ojeada, aquellas manos juntas).

RAÚL. – **(Disimulando su malicia).** ¿Qué hay?

MADETTE. – Ven a ayudarme. ¿Sabes lo que hago? ¡Castigarlo! Dice que le tenemos mala voluntad.

RAÚL. – ¡qué estupidez!

DARÍO. – No desfigures mis palabras.

MADETTE. – Regáñalo tú también. Lo merece. Está odioso.

(MADETTE sale por la izquierda).

RAÚL. – **(Festivo).** ¿Qué sucede?

DARÍO. – Nada. Ya conoces a Madette... **(Da unos pasos, toma el libreto y lo hojea)...**

RAÚL. – Es mi última obra.

DARÍO. – Lo sé. Aunque no conocía ni el título.

RAÚL. – Era que yo deseaba...

DARÍO. – Ya estoy enterado.

RAÚL. – Si quieres que empecemos a leerla...

DARÍO. – No. Me voy ya.

RAÚL. – ¿Vienes mañana?

DARIO. – No.

RAÚL. – ¿Por qué ese no tan rotundo?

DARÍO. – Me voy mañana para el Valle.

RAÚL. – Pero hace un momento hablabas de terminar el retrato de Madette...

DARÍO. – Está ella tan ilusionada, que no me atreví a confesarle mi proyecto... Lo decidí esta mañana, Hace varios días que vengo dándole vueltas a esa idea: un viajecito al Valle, a encerrarme con mi mama en la hacienda... ¡Pobrecita!... En vez de tenerla siempre esperando la noticia de un triunfo que no ha de llegar nunca.

RAÚL. – ¡El pesimismo, pues!

DARÍO. – ¿Quién sabe?.... ¿No será esa la verdad de la vida? ¡Olvidar ambiciones..... ¡Contemplar el cielo natal!... ¡Copiarlo en unos lienzos!...

RAÚL. – Entonces, Madette tiene razón. Estás hosco otra vez.

DARÍO. – En absoluto.

RAUL. – ¿He dicho, he hecho por casualidad algo que?

DARIO - Nada, no te preocupes,

RAÚL—Entonces...

DARÍO. – Hasta luego.

RAÚL. – (**Tras una pausa, mirándolo fijamente**). No te irás... Es todo lo que te digo. Tú tienes que triunfar aquí, a pesar de ti mismo, si es necesario... ¡Cuidado! Con esa nerviosidad, vas a romperme el manuscrito... Dámelo acá... El sombrero

también.

(**MADETTE** regresa).

MADETTE. – ¿Ya le diste su merecido?

RAÚL. – Todavía no; pero lo necesita.

MADETTE. – ¿Y por qué frunce el ceño?

RAÚL. – Quiere irse para el Valle

MADTTTE. – ¡Sin acabar mi retrato!

RAÚL. – Ya le he dicho, que era falta de seriedad.

MADTTTE. – ¡La peor!

RAUL. – En castigo, se queda a comer con nosotros.

MADETTE. – Ya lo creo. Dame acá el sombrero, para escondérselo.

RAUL. – Ahí lo tienes.

MADETTE. – (*Recapacitando al recibirlo*). Ah, pero...

DIARIO. – ¿Pero qué? ... Si hay el menor inconveniente...

MADETTE. – Ninguno, ninguno...Raúl tiene una invitación; pero...

RAÚL. – No importa.

DARÍO. – Déjenme ir, y les prometo que mañana .

MADETTE. – Por ningún motivo.

DARÍO. – Pero si Raúl tiene que salir...

RAÚL. – Te he dicho que no importa.

MADETTE. – Que se vaya Raúl tranquilamente a su comida. Tú te quedas acompañándome... ¿No te parece bien, amorcito?

RAÚL. – ¿Por qué no?

DARÍO. – (*Vacilante*). Déjenme ir entonces un momento al estudio.

MADETTE. – ¿Con qué objeto?

DARÍO. – A traer mi abrigo.

MADETTE. – ¿Y si te quedas allá?

DARÍO. – Regreso dentro de cinco minutos. Palabra de honor.

MADETTE. – (*Entregándole el sombrero*). ¿Palabra de honor?

DARÍO. – Sí, sí...

(*DARIO recibe el sombreo y sale a toda prisa por el fondo*).

RAUL toma su manuscrito, se sienta en mitad de la escena y pasa nerviosamente las hojas...

MADETTE permanece pensativa, junto al arco por el cual desapareció

DARÍO. Hay una pausa larga.

RAÚL. – (*La observa*). ¿Qué miras?

MADETTE. – (*Con ligero sobresalto*). Nada... (Pausa)... ¿Es cierto?

RAÚL. – Ignoro en qué estarás pensando...

MADETTE. – Que Darío quería irse.

RAÚL. – Sí.

MADETTE. – ¡Qué raro!

RAUL. – ¿Te contraría?

MADETTE. – Estoy tan acostumbrada a verlo todos los días, a oírlo, a estimularlo, que cuando no viene lo echo de menos... ¡Es tan nuestro!

RAÚL. – Tienes razón, (*lee*).

MADETTE. – (*Acercándose poco a poco*)... Dame un beso.

RAÚL. – (*Fríamente*). Si lo deseas...

MADETTE. – (*Se llega a RAUL y lo besa en la boca*)... Amorcito... (*Lo vuelve a besar*)... ¡Ay, qué indiferencia!... Ya sé No merezco entusiasmo... Las otras sí... No soy sino la última, la pobre compañera de tus amarguras y tus desilusiones, la

pobre confidente de tus recuerdos... ¡Con qué gusto, con qué satisfacción me hablas siempre de tus aventuras de otros tiempos: que arriesgaste tu fortuna por una mujer, tu vida por otra; que lloraste en el abandono; que quisiste matar en un impulso de celos... Oyéndote, veo brillar siempre tus ojos, con deseo loco de revivir todo ese pasado... ¡Pobrecito!... Lo tienen prisionero... Y en tanto, yo no encuentro en ti sino frialdad... Puedo tener, como ahora, tu cabeza entre mis brazos; pero tus pensamientos se escapan... Van muy lejos...

RAÚL. – (Tras una pausa)... ¿Por qué resolviste que yo no iba a comer hoy aquí?

MADETTE. – Yo creía que como tenías esa invitación... Entonces, ¿te quedas?

RAUL. – Iba a quedarme; pero saldré para complacerte.

MADETTE. – No digas eso. Parece que estuvieras disgustado conmigo.

RAÚL. – (*Apartándola delicadamente*). Déjame tranquilo,

MADETTE. – ¿Qué tienes?

RAÚL. – Deseo corregir un poco esta novela.

MADETTE. – Reconozco que cometí una tontería... Regáñame todo lo que quieras... Pégame, siquieres... (Le toma la mano para obligarlo a que la golpee)... Así...

RAÚL. – Déjame en paz.

MADETTE. – Así...

RAÚL. – (*Brusco*) Déjame leer. Me Obligarás a maltratarte contra mi voluntad... (*La separa con rudeza*)... A veces eres insoportable.

MADETTE. – ¡Ay!

RAÚL. – (*Alarmado*). ¿Qué fue?

MADETTE. – Me torciste el brazo... ¡Ay!... (*Lo mira apasionadamente*)... ¡Te quiero... Me encantaría que fueras siempre así: brutal, fuerte... ¡Te quiero!

RAÚL. – ¿Te hice daño? ... ¿De veras? ... Pobrecita... Perdóname... Ven acá.

MADETTE. – (*Desencantada*). No es nada, no te preocupes... (*Retira*).

RAUL. – ¿A dónde vas?

MADETTE. – A prepararte el frac. Como dices que siempre vas a salir...

RAÚL. – (*Después de corta vacilación*)... Está bien... (*Vuelve a su lectura*).

MADETTE. – (**Vacila y se le acerca de nuevo, en silencio...** No, todavía no...Prefiero estar aquí contigo... Mírame bien... Si sigues arrugando la frente, te voy a...arrancar los ojos... ¡Esos ojos malignos, que me tienen mareada!... ¡Te los voy a arrancar!... No, pobrecito mío; los ojos no. Sería demasiada crueldad... Los cabellos!... (**Torciendo la boca**). ¡Los cabellos! (**se los desarregla**). ¡Te odio!...¡Ay, una cana!...¡Ya tienes canas!...(**Acongojada**)...Pero no es mi amor el que te las ha hecho salir... Son los recuerdos... Aquí están todos... (**Contándole las canas**)...Uno...dos...tres... ¿No quieres todavía mirarme a la cara? ...¿Qué pasa? ...¿Qué tiene mi blusa?... ¿No te gusta? ...

RAÚL. – (*Muy inquieto*). ¿Qué tienes ahí? ¿Una flor? ... (*Mira al fondo del escote*).

MADETTE. – (*La mano sobre el pecho*). Nada....

RAÚL. – (*Nervioso*). ¿Nada?... (*Le retira la mano*)

„ MADETTE. – ¡ Ah!... ¿Esto? ... No... (**Turbada**)... Digo: sí...Es... Una flor...

RAÚL. – ¡Qué manera de guardarla!

MADETTE. – (**Cálida**). ¿Por qué?

RAÚL. – ¡Una orquídea!...

MADETTE. – Sí... una orquídea... ¡Cuidado que la maltratas!

RAÚL. – ¿Por qué la escondes?

MADETTE. – No la estaba escondiendo. Es que hace un momento...

RAUL. – ¿Te la regalaron?

MADETTE. – La arranqué yo misma... En la terraza... Hasta se me había olvidado...

(**Pausa**)

RAÚL. – (*Tras profunda reflexión*). Madette,

MADETTE. – (**Ansiosa**). ¿Mi amor?

RAÚL. – No me quieres tanto como yo a tí... Quizá por eso cuando estás a mi lado, sientes la necesidad de acercarte a otros...

MADETTE. – (**Vivaz**). ¿Pero a quién?

RAÚL. – ...Generalizo.

MADETTE. – Me casé contigo para ser tuya; para refugiarme en tu cariño... ¿Quieres que no vuelva a ver a nadie?

RAÚL. – Al contrario: Haz lo que más te agrade. Nunca trataré de aprisionarte. Si vienes a mí, que sea porque me prefieres a todos los demás... Y si algún día...

MADETTE. – (**Tapándole la boca**), ¡Cállate!

RAÚL. – (**Retirándole la mano**)... Si algún día...

MADETTE. – (**Besándole en la boca**). ¡Que te calles!... Ya sé lo que vas a decir: que no te importaría perderme... ¡Ingrato!

RAÚL. – Si algún día el amor que te tengo no alcanza a llenar tu... (**Suena el teléfono. Ambos vuelven a mirar**)

MADETTE. – (**Saltando entusiasmada**). Debe ser Darío.

RAÚL. – (**Algo fastidiado**). ¿Y esos presentimientos?

MADETTE. – (**Tomando la bocina**)... ¿Alóoo? (**Contenta**). Sí, sí...La misma... Está aquí, conmigo, si.

RAÚL. – ¿Es Darío?

MADETTE. – (**Reafirma con la cabeza y escucha fascinada**).

RAÚL. – Dame la bocina.

MADETTE. – Un instante... (**A la bocina**)... Te espero hasta la hora que quiera...

RAÚL. – (**Impaciente**). Te he dicho que me la des. (**La toma**).

MADETTE. – (**Procurando retenerla y tapando el parlante**). Quiero hablar con él... Déjame.

RAÚL. – (**Autoritario**). ¿Quieres quitarte?... (**A la bocina muy amable**). ¿Qué tal, Darío?... No importa. Te esperamos...No. No iré. Cenaremos los tres juntos.

MADETTE. – (**Sarcástica**). ¡Con qué facilidad cambias de parecer!

RAÚL. – (Aspero, tapando) ¡Sh!.... (**Amable, a la bocina**). No, por ningún motivo... Si tuviera deseo de ir, te lo diría francamente.

MADDETE. – (**Retirándose**). Sí. Eres un hombre muy franco. (**Sale por la izquierda, riendo irónicamente**).

RAÚL. – Sí,sí, admirable!... Hasta luego, entonces... (**Cuelga la bocina y corre disgustado en busca de MADETTE, que aún ríe**). Se les oye discutir entre bastidores, mientras cae el telón...Oye: no estoy dispuesto a tolerar tus chiquilladas. Si tú crees que...

MADETTE. – Cualquiera diría que estás...

RAÚL. – No, No estoy en lo más mínimo lo que tú piensas; en lo más mínimo; pero...

(**Con la última palabra, el telón acaba de caer**).

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primer acto, en penumbra vespertina. RAUL escribe nerviosamente... LINA entra por el fondo en puntas de pie y le tapa los ojos con las yemas de los dedos.

RAUL. – ¡Demonio! ¡Te he dicho mil veces que me dejes en paz cuando esté escribiendo... (**Vuelve a mirar y cambia de tono**). Perdón. Creía que era mi mujer

LINA. – El matrimonio debe ser exquisito.

RAÚL. – A ratos.

LINA. – Encontré abierto el portón. En la sala no había nadie.

RAÚL. – ¿No está Madette?

LINA. – No.

RAÚL. – (**Disimulando su contrariedad**). ¿Y usted?... ¿Viene de prisa, como siempre?... ¿Con una cita pendiente?

LINA. – Hoy no. Podría jurar que todos mis amigos se pusieron de acuerdo para dejarme sola.

RAÚL. – ¿Hasta el capitán?

LINA. – Se fue para la Costa... (**Con despecho**) ... con una amiga... una viuda,

RAÚL. – La coquetería tiene sus inviernos...

LINA. – ¿Se puede curiosear libros?

RAÚL. – En silencio.

LINA. – (**Pellizcándole una oreja**)... Debe ser usted un marido detestable. A veces pienso que la pobre Madette tiene razón.

RAÚL. – ¿Razón de qué?

LINA. – De dejarlo solo, en este cuarto frío... Con razón que haga tanto frío. Ni siquiera le cerraron bien la ventana... (**La cierra solicitamente**)... ¡Qué tonto! ¡Arrinconarse aquí a complicar la vida con sus cuentos... en vez de distraerse!

RAÚL. – (**Sonriendo**). Proponga usted un pasatiempo.

LINA. – ¡Vamos a tomar el te!... ¡Pronto... Cámbiese de vestido.

RAÚL. – Querría una propuesta mejor.

LINA. – ¡Qué hombre tan difícil!

RAUL. – Preferiría algo más complicado. Un viaje a la Costa, por ejemplo.

LINA. – (**Sorprendida**). ¿Usted y yo?

RAÚL. – Por desgracia no soy capitán... ni usted es viuda.

LINA. – (**Desdeñosa**), Eh...

RAÚL. – Venga acá, Lina... Siéntese acá... Dígame francamente.

LINA. – (**Volviendo a mirar, miedosa de que alguien llegue**)... ¿Qué?

RAÚL. – Me ha sugerido usted varias veces que Madette...

(**MADETTE Y DARIO entran por el fondo**)

MADETTE. – (**A LINA**)... ¿Tú? ¡Qué sorpresa tan agradable! (**La besa**). ¿Por qué no viniste ayer?

LINA. – Estuve algo enferma.

MADETTE. – ¡Pobrecita!... ¡Si me hubieras llamado por teléfono!... ¿Pero ya estás bien?

LINA. – Por fortuna.

MADETTE. – (**A RAÚL**)... ¿Pudiste trabajar?

RAÚL. – Un poco.

LINA. – (**A DARÍO**). Y usted, señor mío, dispone de la mujer de su amigo como si fuera un caballete... Se la lleva sin decir palabra...

RAUL. – (**A MADETTE**)... ¿Dónde estabas?

MADETTE. – (**A RAÚL**). Me convidaron las primas de Darío a dar un paseo en auto...y como no se te puede hablar cuando estás escribiendo...

UNA. – Yo si me atreví a interrumpirlo...

DARÍO. – No es raro.

MADETTE. – Voy a quitarme el abrigo.

(**MADETTE sale por la izquierda**).

LINA. – ¿Lo ve usted, Raul?... No puedo ni dirigirle la palabra a Darío, porque se pone de mal humor.

DARÍO. – (**Trata de irse por el fondo**)

LINA. – (**Tomándole del brazo**)... No se vaya. Venga acá. No sea soberbio... Bien sé que no le inspiro el menor cariño... Sin embargo, usted no puede prohibirme que le manifieste mi simpatía... Y mi admiración... Porque yo lo admiro más de lo que usted cree.

DARÍO. – (**Tratando de evadirse**). Gracias...

LINA. – ¿Gracias?... Pero lo dice con una frialdad... No puede ni siquiera disimular el odio me que tiene.

(**Suena un timbre**).

DARÍO. – ¿Es el portón?

MADETTE. – (**Fuera**). Raúl: debe ser la sirvienta. Hazme el favor de abrirle. No puedo salir en este momento.

RAUL. – Está bien.

DARÍO. – Yo voy.

LINA. – Sí: al fin encontró disculpa para sacarme el cuerpo.

(*DARIO sale por el fondo*).

LINA. – No tiene razón para ser tan malcriado. ¿No le parece a usted?

RAUL. – Es su carácter.

LINA. – Creo más bien que lo hace con segunda intención...

RAUL. – Talvez no.

LINA. – Sospecho que... Quiere alejarme de aquí.

RAUL. – ¿Con qué objeto?

LINA. – —No sé... No sabría decir... Piensa quizá que... Que soy un estorbo.

RAUL. – ¿Para qué?

LINA.. Quiero decir que... (*Vuelve la cabeza... Después hablamos*).

(*DARIO regresa*)

DARIO. – Traen este paquete con una cuenta.

RAÚL. – ¡Madette!

MADETTE. – (*Dentro*), ¡Mi traje... ¡Cuidado... ¡No abras!

RAUL. – (*Entreabre una hoja de la puerta y le pasa el paquete*).

MADETTE. – (*Fuera*), ¿Quieres entrar, Lina?

LINA. – ¡ Encantada!

RAÚL. – (*Alargando la mano por la puerta del fondo*). Aquí tienes...

MADETTE. – (*Fuera*). ¡Cuidado, cuidado!... (*Risa de pudor pícaro*)... ¡No abras tanto!

LINA. – (*Al oído de DARÍO*). ¡Antipático!... (*Va a la puerta de la izquierda y sale*).

DARÍO. – ¡Me exaspera esa mujer! Sin embargo, la encuentro en tu casa, en el

teatro, en la calle, en el restaurante, en todas partes. Mientras más le doy a entender que me fastidia. Más me persigue. No puede perseverar un solo día con un enamorado, y ha de convertirse en la sombra del único mortal que quisiera fulminarla.

RAÚL. – (**Festivo**). ¡Enamórala!

DARÍO. – ¡Tendré que hacerlo al fin!... ¡Como medicamento!... ¡Como único recurso para espantarla!

DARÍO. – No. Ni para la maldad tiene perseverancia.

RAÚL. – ¡Eres un extremista! ¡En tus afectos y en tus antipatías! Cuídate, en todo caso; que del odio al amor...

DARÍO. – Aborrezco el amor, afortunadamente. Le considero el lastre más insopportable de la vida.

FAUL. – Lastre inevitable.

DARÍO. – Pero no sé por qué lo endiosan. El amor es un corrosivo que todo lo destruye, todo lo dispersa, todo lo aísla... Pero dime: ¿qué es el amor en el fondo? Una amistad que se complica ridículamente con algo de pasión y mucho de egoísmo... Y a mí no me gustan las complicaciones. Siempre tratare de colocar cada emoción en su sitio. De un lado, la existencia animal. De otro lado, la amistad sencilla... Una mano como la de Madette, que estrecho todos los días delante de ti... Tu comprensión, tu estímulo...

RAÚL. – Ella te comprende y estimula mejor que yo...

DARÍO. – Es posible. Y mejor que a ti. La commueven más los colores que las ideas, como a toda mujer.

RAUL. – (**Inquieto**). Sí, sí.

DARIO. – ¿Lo ves?... En lugar de reconocer esto serenamente, como simple fenómeno de sensibilidad artística, en tus palabras dejas escapar cierta contrariedad... Porque te sientes demasiado dueño...

RAUL. – No digas necedades.

DARIO. – No es tu culpa. Ahí está el amor de que te hablo; ese amor estúpido, que todo quiere absorberlo con el más pueril de los egoísmos... ¡Ah, si fuera yo capaz de escribir estas cosas, que no pueden trazarse con una paleta!... ¡Se acabaría la literatura!... (**Va al escritorio**). ¿Qué escribes?

RAUL. – Comienzo otra novela... Estoy en el plan... ¿Quieres ayudarme?

DARIO. – Con mucho gusto... Y si pusieras en ella esta gran verdad...

RAÚL. – Ciérrales la puerta con pasador.

DARÍO. – (*Obedece*) .

(*MADETTE reaparece por la izquierda LINA la sigue*).

MADETTE. – (*Que viene luciendo su nueva tualet*). ¿Qué haces?

DARÍO. – Nada extraordinario. Trato de cerrar la puerta.

MADETTE. – Precisamente cuando necesito abrirla.

LINA. – Es usted oportunismo.

MADETTE. – (*A RAÚL*). ¿Te gusta, mi amor?

RAUL. – Bellísimo.

DARÍO. – Una gaviota... Dan deseos de espantarla, para que vuela.

MADETTE. – (*Maliciosa y riente*). Le faltan las alas...

RAÚL. – (*A MADETTE*) Y ahora, ¿nos dejas trabajar?

MADETTE. – Pero dime algo siquiera del color... de la línea,

RAÚL. – ¡Ahora estoy en algo tan distinto!

DARÍO. – ¡Qué va a ser distinto! ¿Acaso estás escribiendo cuentos de fantasmas?... ¡Esto es lo humano!... ¡Lo emocionante!... ¡Una tualet de la mujer amada!

MADETTE. – (*A DARÍO, con dulce reproche*). Cualquiera se desilusiona, ¿no es cierto?

RAÚL. – (*Cariñoso besándola*). Esta lindo... Lindísimo... Cuando termine, me muestras esa, y todas tus otras compras.... Pero déjanos solos en la sala siquiera media hora... (*Recoge sus papeles*). ¿Vienes, Darío?

DARÍO. – (*Cambiando una mirada con MADETTE*). Si...

MADETTE. – (*Desencantada*). Algo logré al fin...

(*RAUL y DARÍO salen por el fondo*)

LINA. – Eres temeraria... ¡Y con qué inocencia!... Podría creerse que haces todas estas cosas sin malicia ninguna.

MADETTE. – ¿No te parece encantador.

LINA. – ¿Quién?

MADETTE. – ¡Mi vestido!

LINA. –... Yo debería odiarte.

MADETTE. – ¿Por qué?

LINA. – Sabes cuánto te quiero. Sin embargo, no merezco la menor de las confidencias.

MADETTE. – ¿Respecto a qué?

LINA. – ¡Hipócrita! Otra que no fuera yo, ya te habría metido en enredos.

MADETTE. – No te comprendo.

LINA. – Sabías que yo simpatizaba con él.

MADETTE. – Pero, ¿con quién?

LINA. – No es preciso ser adivina para descubrirlo; porque tú, mi hijita, no disimulas en lo más mínimo. Hace un momento, casi vuelas con él delante de tu mando...

MADETTE. – ¡No hables tan alto!

LINA. – Mañana decidirás...

MADETTE. – ¡Cállate!... Si sigues con eso... (**Va al fondo en el momento preciso en que DARÍO regresa**).

MADETTE. – ¿Necesitas algo, Darío?

DARÍO. – Un libro.

LINA. – ¿Pensó usted que yo me había ido?

DARÍO. – (**Yendo al anaquel**). Nunca me hago muchas ilusiones.

MADETTE. – ¿Necesitan consultar algo?

DARÍO. – Voy a leer.

MADETTE. – ¿Les espanté el ánimo de trabajar?

DARÍO. – Vinieron a buscar a Raúl y pasó al frente, al salón de té.

MADETTE. (**Sonriendo**), ¡A las seis en punto! ... Para darme a entender que soy la peor ama de casa: ... ¿Quieren ustedes te?

DARÍO. – No gracias.

LINA. – No te molestes.

(**DARIO toma un libro y sale por el fondo**).

MADETTE. – Oyó lo que estabas diciendo.

LINA. – Poco me importa. Ahora, como Raúl está en la calle, puedo gritar estas cosas sin que nadie se escandalice.

MADETTE. – Lina: deja tus bromas, (**sonriendo**). Me disgusto contigo.

LINA. – Bien: admito que no sea tu amante.

MADETTE. – (**Horrorizada**). ¡Mi amante!... ¡Qué barbaridad!

LINA. – Es apenas un flirt.

MADETTE. – Ni lo uno ni lo otro.

LINA. – Es inútil que trates de fingir conmigo.

MADETTE. – (**Tras una vacilación**)... Voy a confesarte la verdad... (**Va al fondo, mira para el lado del salón y regresa picarescamente**) ¡Sh!... Está leyendo.

LINA. – ¿Y que?

MADETTE. – (**En voz baja**)... Creo que está enamorado...

LINA. – ¿Cómo lo sabes?

MADETTE. – ¡Por Dios! Si hay algo fácil de comprender, es eso.

LINA. – ¿Y tú?

MADETTE. – ¿Qué voy a hacer? Me divierto con su timidez.

LINA. – ¿Nada más?

MADETTE. – Voy a encender la luz. (**Lo hace**).

LINA. – (**Irónica**). Veo que te gusta la claridad.

MADETTE. – Pero no me contestaste la pregunta que te hice hace un momento... Eres de mi opinión, ¿no es cierto?... Estos botones están muy grandes... Voy a mostrarte los que compro... ¿Dónde los puse? ...Ah, en mi cartera... (**Sale por la izquierda y regresa con la cartera**). Están aquí, si no me equivoco...

LINA. – (**Sardónica**). Rara vez te equivocas...

MADETTE. – (**Buscando**)... ¡Qué montón de papeles!... Tengo la mala costumbre de guardar distraídamente todo lo que me dan en la calle.

LINA. – (**Que descubre una fotografía entre los papeles**). ¿Y esto también, te lo dieron en la calle?

MADETTE. – (**Muy inquieta**). Dámelo acá.

LINA. – Quiero verlo.

MADETTE. – (**Forcejando**). Te digo que no.

LINA. – (**Triunfante**). No lo quieres... Y llevas su retrato.

MADETTE. – ¡Sh... ¡Por Dios!

LINA. – ¡Como si él no lo supiera!... ¡No me creas tan idiota!

MADETTE. – ... Voy a explicarte....

LINA. – No es necesario... (**Lo mira complacida**). ¡Y qué buen mozo está!... ¡Y con dedicatoria!

MADETTE. – Dámelo acá, Lina... No seas fastidiosa.

LINA. – No te afanes... No volveré a meterme nunca en tus cosas... Toma tu retrato misterioso...

MADETTE. – Nada hay de particular en el fondo... Lo puse ahí distraídamente... (**Guarda el retrato en la cartera y la pone sobre el escritorio**).

LINA. – (*Irónica*). Sí...Te creo...

(*DARIO regresa*).

DARÍO. – Ya está algo oscuro, y el salón tiene tan poca luz...

MADETTE. – Instálate aquí... (*A LINA*). Ven conmigo.

UNA. – Yo los dejo... (*A DARÍO*). ¿Dice usted que Raúl está en el salón de té?

DARIO. —Sí.

MADETTE. – Lo saludas, entonces, de parte nuestra.

LINA. – Le haré apenas una seña desde la puerta, al pasar, para despedirme...Hasta mañana, Madette... (*En voz baja al oído de MADETTE*)... Muchos recuerdos para Darío...No me atrevo a interrumpirle...

(*LINA sale por el foro riendo*).

DÁRIO. – (*Encendiendo la lámpara de pie*). Admirable así.

MADETTE. – (*Acercándose un sillón*). En esta silla quedas muy bien.

DARÍO. – Gracias.

MADETTE. – Aquí, a este lado de la lámpara.

DARÍO. – Permíteme.

MADETTE. – Quiero hacerlo yo.

DARÍO. – ¡Que buena idea!

MADETTE. – ¿Así quedas bien?

DARÍO. – Admirablemente.... Ahora...

MADETTE. – También voy yo a leer.

DARÍO. – Entonces.... me corresponde arreglarle otra silla... (*Lo hace, con solicitud*).

MADETTE. – Apaguemos el foco del centro. (*Lo hace*)

DARÍO. – (*sentándose y abriendo su libro*). Ideal, este ambiente.

MADETTE. – (*Haciendo lo mismo*). Me alegro.

(*Oyese el ruido de las páginas*).

DARÍO. – (*Alza la cabeza y contempla a MADETTE*).

MADETTE. – (*Levantando los ojos interrogativamente*). ¿Qué pasa?

DARÍO. – No puedo leer frente a ti, Madette. Comienzo al instante a pensar en mi cuadro.

MADETTE. – ¿Me voy?

DARÍO. – No, no...Sigue leyendo... Déjame que te contemple así, en esta penumbra... Que te estudie.

MADETTE. (*Trata de leer y le da risa*)... Yo tampoco puedo leer así... Siento que me estás mirando y...francamente, no puedo.

DARÍO. – Hablemos, entonces.

MADETTE. – (*Acerca su silla un poquitín*). Hablemos...

DARÍO. – (*Acercando la suya muy discretamente*)... Aunque en un ambiente como éste, lo más agradable es callar... Las palabras sobran, y hasta estorban... Eres más artista que él y yo... Con dos detalles —esta penumbra y esa tualet— has hecho una creación que ninguna paleta, ninguna pluma podrán reproducir.

MADETTE. – Entonces no hay razón para que vivas inquieto y de mal humor.

DARÍO. – ¡Temo tanto a las malas interpretaciones...

MADETTE. – (*Se levanta y se acerca a la ventana*).

DARÍO. – ¿Qué vas a hacer?

MADETTE. – ¡Qué sola está la calle!

DARÍO. – ¿Llueve?

MADETTE. – Un poco, sí.

DARÍO. – Me río de la lluvia...Ven acá, Madita... ¿Qué miras?

MADETTE. – La lluvia...

DARÍO. – Ven acá... Siéntate junto a mí.

MADETTE. – (*Yendo a él y tomándole las manos*). Aquí estoy, niño consentido... ¡Ay, qué manos tan frías!

DARÍO. – (*Estrechándose las manos*). Eres tú, Madette, quien les da calor, quien las ha hecho fecundas... Quien las hará triunfar...

MADETTE. – ¿Cuándo estará terminado mi retrato.

DARÍO. – Si sigues posando diariamente... Y te estás quieta... En la semana entrante... Hay que darse prisa, porque ya van a abrir la exposición... Y si los críticos, a pesar de su ceño fruncido, escogen esa sonrisa fresca que tanto he admirado, que tanto he penetrado... En fin: no soñemos.

MADETTE. – Si alguien nos viera, creería que estamos enamorados.

DARÍO. – ¿Enamorados... (*Ríe sarcásticamente*)

MADETTE. – ¿Por qué te ríes así?

DARÍO. – La hipótesis, no tiene nada de extraordinario... Pero en tal caso, no serías hoy mi inspiradora.

MADETTE. – ¡Ah! ¿No?

DARÍO. – No sé... Si algo le ha dado intensidad a mi cuadro, es precisamente eso: que no siento por ti la emoción vulgar, común y corriente, que llamo amor... Desde mi serenidad, viendo la manera como tú amas a otro, voy puliendo mi creación... Cada vez que piensas en Raúl surge ante mí tu alma con perfiles preciso... Busco entonces la manera de aprisionarla, de hallar íntimas relaciones entre los colores y los sentimientos.

MADETTE. – ¿Y si tú hubieras sido el dueño de esa inquietud?...

DARÍO. – No la vería tan nítida, tan sugestiva... Viviría ofuscado... Vamos: háblame de tu marido. Dime que lo adoras. Sonríe con esa sonrisa tan especial que tienes cuando te aseguró que él te quiere entrañablemente... Con esa sonrisa que estoy empeñado en inmortalizar.

MADETTE. – (*Bajando la cabeza*). No soñemos... (*Va de nuevo a la ventana*).

DARÍO. – ¿Otra vez la lluvia?

MADETTE. – Lina estaba con Raúl en el salón de té.

DARÍO. – (*Complacido*). ¡Ah! ¡Se trataba de él!

MADETTE. – (*Afanosa*). Ya viene. Se están despidiendo.

DARÍO. – Separemos las sillas... Encendamos la luz.

MADETTE. – (*Divertida*). Tomas siempre precauciones de enamorado culpable.

DARÍO. – Temo despertar sospechas infundadas.

MADETTE. – Deja esas niñerías. Ojala que Raúl fuera de verdad un poco celoso. Vamos a darle una broma... Escondámonos.

DARÍO. – ¡qué chiquilla!

MADETTE. – Hagámosle creer que salimos otra vez.

DARÍO. – ¿Con qué objeto?

MADETTE. – (*Rápida*). Dame acá tu libro... (**Tira los libros al suelo, junto a las sillas**).

DARÍO. – (*Yendo a la llave de la luz*). Es mejor que...

MADETTE. – (*Deteniéndolo*). No...Ven acá.... (**Le toma de la mano**).

DARÍO. – Pero...es ridículo... (**Lucha entre la alarma y la risa**).

MADETTE. – Salgamos por acá, por la alcoba... (**Severa**)... Hazme caso, o no vuelvo al estudio. Se queda el cuadro sin terminar.

DARÍO. – (**Vacilante, anestesiado por la evocación de su cuadro**)... ¡Qué infantil eres!

MADETTE. ¡Aprisa.! " . ¡Ya entró.... (**Lo impele por la puerta de la izquierda, lo sigue y la cierra**).

RAUL entra por el foro; va al escritorio y busca atropelladamente la fotografía que MADETTE ha guardado en su cartera. Diríase que un espíritu malévolο le ha revelado el secreto... Mira las dos sillas, la una cerca a la otra, y los libros por el suelo, como si hubieran caído de manos de los ausentes en un momento de embriaguez pasional . En seguida vuelve los ojos hacia la alcoba; y, ante la puerta cerrada, pierde el control... Vacila un segundo y luego va allí como hombre dispuesto a matar; sacude las hojas, las abre de par en par, y queda extático mirando al interior. MADETTE, aparece en ese mismo instante por el fondo, llevando de la mano a DARIO; enciende la luz y suelta a reír.

MADETTE. – ¿Qué pasa?... Eres incomprendible. Hace un momento querías que la puerta estuviera cerrada. Ahora que está cerrada,quieres echarla abajo.

RAÚL. – (**Desorbitado**). Tal vez...

MADETTE. – ¿Ya tomare té? (**Trata de acariciarlo**).

RAÚL. – Sí. (**La rechaza bruscamente**).

MADETTE. – ¿Sigues de mal humor?

RAÚL. – (**Tratando de controlarse**). ...Sí.

MADETTE. – Estábamos aquí leyendo... Al ver que entrabas... (**Su festividad va cesando por grados ante la feroz actitud de RAÚL**)... ¿Qué te pasa?.... Salimos por ahí, cuando subías las escaleras... Para darte una sorpresa...

RAÚL. – (**Rechazándola con brusquedad**). ¡Se acabó!

MADETTE. – ¿Pero no comprendo por qué?

RAÚL. – (**Furioso, perdiendo todo autodominio**). ¡Te callas!

MADETTE. – ¿Te has vuelto loco?

RAÚL. – Pero no es a ti a quien debo hablar claro... No eres más que... Lo de siempre: ¡una mujer!

DARÍO. – (**Impasible, pero enérgico**). ¿Acaso... a mí?

RAÚL. – Sí.

DARÍO. – No estás en tu sano juicio... Ven... Salgamos...

RAÚL. – No. Aquí es donde vas a oírme. (**Trata de lanzarse sobre él**).

MADETTE. – (**Interponiéndose, con grito angustiado**). ¡Raúl!

RAÚL. – (**Dominándose un poco**). Sólo esperaba una palabra tuya para dejártela. Así como lo oyes... ¡Para dejártela!... ¿A qué entonces tanta hipocresía?

...

DARÍO. – ¿Qué quieres que te conteste?... Prefiero esa actitud franca a tu falsa amabilidad... Sucedió al fin... Lo que había de suceder.

RAÚL. – Tienes razón. Salgamos.

DARÍO. – No. He cambiado de parecer. Sería inútil... Es mejor que vengas a mi estudio cuando te serenes un poco.. Te espero allá esta noche... Hablaremos, quizá por última vez... Si crees que tenemos ya algo qué decirnos... Adiós,

Madette.

(Sale DARIO por el fondo).

MADETTE. – ¡Raúl!... ¡Es increíble!... Déjame que te explique....

RAÚL. – (Con trágica frialdad, controlado ya). ¡Ni una palabra!

MADETTE. – Pero no comprendes que...

RAÚL. – (Brutal). ¡Ni una palabra más! (Y luego sereno, tras breve pausa)... ¿Entiendes lo que quiero decir?

MADETTE. – (Cohibida). Sí...

RAÚL. – (Luchando para recobrar su sangre fría). Vamos a arreglar nuestras cuentas... Pero no ahora mismo... Vete para allá... (Le muestra la puerta de la alcoba).

MADETTE. – No.

RAL. – Madette: estoy haciendo todo lo posible para dominarme, para recuperar mi sangre fría. Pero no te empeñes en exasperarme, no te empeñes en...

MADETTE. – (Cínica). ¡Ah! ¿Sí?...

RAÚL. – Quiero que hablemos después de que yo me haya serenado... Pondremos las cosas en su punto, haciendo a un lado mi egoísmo y...

MADETTE. – (Explosiva). Quédate con tu serenidad. No vengas ahora a tratarme como un bibelot que te da miedo romper, Me has convertido en un juguete de tu dichosa serenidad... ¿Por qué no eras tan noble y reflexivo con las otras mujeres? Porque las querías verdaderamente.

RAUL – (Le vuelve la espalda)...Habla, pues...

MADETTE. – ¡Es admirable! Cuando te aburriste de todas tus aventuras, pensaste que tu fastidio podía hacer la felicidad de una mujer, y me escogiste a mí... Iba yo a buscar tus besos, y me estrellaba contra tu serenidad... Iba en busca de ti, y tu serenidad estaba de por medio... ¡Ya no más!... Te estoy engañando, puesto que así lo crees. Quiero que sientas el ridículo en que te he puesto, ¡que seas hombre!

RAÚL. – (Intenta salir por el fondo). Déjame en paz;

MADETTE. – (Cerrándole el paso). No.

RAÚL. – Quítate de ahí.

MADETTE. – Tienes qué tratarme como creas que merezco...No necesitas dominar tu cólera...No te tengo miedo.

RAUL. – (**Cruzándose de brazos**)... ¿Qué pretendes?

MADETTE. – ¿Temes romper el bibelot?

RAÚL. – (**Sacudiéndola**). ¡Te callas!

MADETTE. – No me callo,

RAÚL. – No creas que si me domino es por consideración a ti...

MADETTE. – Suéltame... Egoísta...

RAÚL. – ¡Quieta ahí!... Veo que me equivoqué... Tienes razón en burlarte de mí...He debido considerarte como una de tantas: buscarte hoy, botarte mañana.

MADETTE. – Sí. Soy una de tantas. Te engañé. ¿Olvidas lo que un hombre debe hacer en tu caso... Echarme de aquí.

RAÚL. – Es lo que buscas: ¡que te eche!...Te fastidia la honradez, aunque sea en apariencia. ¡Te ofende!

MADETTE. – Pues bien: ¡sí!

RAÚL. – ¡Buscas un escándalo! Te encantaría llamar así la atención de todo el mundo.

MADETTE. – ¿Y a ti qué te importa?

RAÚL. – Pero no harás tu capricho. Tendrás que guardar por ahora las apariencias; representar a la fuerza por unos días el papel de mujer honrada...Terrible castigo, ¿no es cierto?

MADETTE. – Nada tengo que hacer aquí... desde el momento en que...

RAÚL. – Te guardaré aquí como una fierecita, como un bicho despreciable; pero te guardaré... Hasta hacerte sentir tu insignificancia.

MADETTE. – ¡Mentira!...Lo que pasa es que te acobarda verme salir de aquí.

RAÚL. – Lo que pasa es que no te permito arrastrar mi nombre a tu antojo.

MADETTE. – ¡Tu nombre!...Es cierto... ¡Lo único que me has dado!

RAÚL. – (**Sarcástico**). Lo único, sí... (**Le vuelve la espalda**).

MADETTE. – (**Diabólica**). Inventas disculpas para evitar a toda costa que yo vaya a buscar al lado de otro hombre el amor, la pasión que tú nunca me diste... ¡Esa es la verdad!... ¡Esa es la verdad!

RAÚL. – (**Encarándose con aplomo**)... Piensas entonces que...

MADETTE. – ¡Estás celoso! ¡Estás celoso!

RAÚL. – (**Con frialdad contundente**). Ahí tienes la puerta. Quería evitarte una humillación, el desprecio social; guardar las apariencias por ti misma y hasta para defender y ennobecer tu propio amor... Quería ponerte en manos de él dignamente, sin tragedia, sin choques, sin rencor alguno... ¡Pero ve a buscarme!... ¡Vete!... En la forma que deseas... Como la más vulgar de las mujeres... Eso es lo que he debido exigirte desde el primer momento.

MADETTE. – No necesitas repetírmelo... Te dejaré, sí... Eso es lo que buscas... Necesitabas un pretexto para salir de mí y lo encontraste... (**Sale a toda prisa por la izquierda**).

RAÚL. – (**Trata de sustraer el retrato de DARÍO, pero se contiene y levanta los hombros**).

MADETTE. – (**Regresa con abrigo y sombrero y echa mano a su cartera**). Puedes estar tranquilo, Raúl... No iré a arrastrar tu nombre... No tengo nada qué reprocharme, te lo aseguro. ¡Tu nombre... (**Llorando**)... Hubiera preferido tu corazón... Tu juventud... Tus entusiasmos... Como todas las demás... (Se va alejando hacia el fondo)... Ellas tuvieron más suerte que yo... ¿Qué he sido para ti?... Una pobre mujer insignificante, que dejas ir sin haberla mirado siquiera... (**Y desaparece llorando, a medida que habla, mientras RAUL, que vacila un instante, resuelve permanecer inmóvil**).

TELON

ACTO TERCERO

Estudio de DARÍO. Puertas a derecha e izquierda. Gran ventanal al fondo, con perspectiva de ciudad nocturna. Diván esquinado y mullido, con repisas de terracotas. Cuadros en los muros y por los rincones. Algunos muebles antiguos. En el centro un caballete con el retrato de MADETTE, que sonríe maliciosamente.

RAÚL, solo.

RAÚL. – (*En el diván, con la bocina del teléfono, muy nervioso*). ¿Quién?... ¿Susana? ...Dígame Susana: ¿mi mujer no ha regresado?... ¿No ha telefoneado tampoco?... Oiga: prepáreme una maleta con todo lo necesario para... para unos quince días en tierra caliente... Yo paso por ella, sí si....

(*Suena el timbre en la puerta. RAUL va a abrir a la izquierda y entra LINA*).

LINA. – (*Sorprendida*), ¿Y esto qué es?...

RAÚL. – Darío me citó.

LINA. – A mí también.

RAÚL. – Empiezo a temer que se le haya olvidado...(*Mira el reloj*)... Las ocho ya...Me voy.

LINA. – Espere un momento más... El viene ya...Acabo de hablar con él por teléfono.

RAÚL. – Dígale que... que volveré, (*Se pasea, muy nervioso*).

LINA. – ¿Por qué está tan nervioso?... ¿Qué le sucede?... ¿A dónde va?

RAÚL. – A sacar mi auto.

LINA. – ¿Y por qué lo dice con voz tan fúnebre?

RAÚL. – Después le explicare.

LINA. – ¡Me asusta usted!... ¡Si viera qué pálido está!

RAÚL. – Me voy de Bogotá, Lina.

LINA. – ¿Con Madette? ...

RAÚL. – ¡No!

LINA. – Me pone usted nerviosa a mí también. ¿Qué sucede? ¡Dígame!

RAÚL. – Todo ha terminado entre ella y yo.

LINA. – ¿Cómo? ¿Cómo? ...

RAÚL. – Se fue de la casa hace dos horas.

LINA. – ¡No!

RAÚL. – Sólo me falta darle a usted las gracias .

LINA. – ¿A mí? ... ¿Por qué?

RAÚL. – Gracias a usted, he visto claro.

LINA. – ¡Cielo Santo... Espero que usted no habrá dicho que fui yo quien...

RAÚL. – No.

LINA. – Ni lo dejará comprender siquiera... ¡Sería imperdonable!!

RAÚL. – Esté tranquila.

LINA, —Pero, en definitiva, ¿qué ha sucedido?

RAÚL. – Que resolví ponerle fin a una situación falsa.

LINA. – ¡Apuesto a que ha hecho usted una barbaridad!

RAÚL. – Lo indicado.

LINA. – Comencé diciéndole que las apariencias nada prueban... Acabaré por arrepentirme de haber hablado... Pero usted tenía un aire tal de cordura, de indiferencia, que... ¡Si yo hubiera sospechado que usted iba a portarse como un chiquillo!

RAÚL. – Ella dejó la casa por su voluntad.

LINA. – ¡Falta saber lo que usted le diría...! ¡No! ¡Hay que ir a buscarla antes de que cometa una locura!

RAÚL. – Mi determinación ya está tomada. He venido aquí tan sólo porque... Hace poco tuve con Darío unas palabras fuertes, ridículas. Quiero hablar tranquilamente con él... Cuando hayamos puesto las Cosas en claro, le estrecharé la mano... ¿por qué no?... Deseándole toda clase de felicidades; tomaré el timón y...

LINA. – ¡Pobre Raúl!... ¡Qué bueno es usted...! ¡Qué alma tan grande...! ¡No lo merecen, (**se sienta en el divan . le toma la mano**)!

RAÚL. – (**Sentándose, emocionado**). Sin embargo, Lina... Esto es duro... Cuando vea desde la ventana del auto, alejarse las luces de Bogotá... con todas las esperanzas que yo había puesto en esa... que yo... (**Le estrecha la mano**) ¡Lina!

LINA. – (**Correspondiendo al apretón**). ¡Si supiera usted cuánto me duelen estas cosas!... Pero, ¿a dónde va usted?

RAÚL. – No importa el sitio... ¡A cambiar de ideas!

LINA. – ¡Qué horrible debe ser, verdaderamente, sentirse solo, en el fondo de un auto, en ese estado... de noche...

RAÚL. – ¿Y qué puedo hacer?

LINA. – Pues no se vaya.

RAÚL. – Si me quedo en Bogotá, es para atormentarme inútilmente.

LINA. – Pero si se va solo, será peor... Quédese, y le prometo que haré todo lo posible para distraerlo... No es usted el único... Yo también me aburro atrocmente... Podemos hasta planear un veraneo, sin tanta precipitación... Dentro de quince días, por ejemplo... Viene usted con nosotros a la finca... A mi tía le encantará.

RAÚL. – ¿Quince días?... ¡Una eternidad!

LINA. – ¡Verá cuánto nos divertimos allá. Tenemos piscina... Caballos... Haremos excursiones diarias, para espantar los malos recuerdos... Llegaremos hasta a olvidar que Bogotá existe.

RAÚL. – Ideal me parece, Lina; pero... ¡Quince días!... ¿Qué hago en Bogotá durante dos semanas?... ¡Por un día siquiera... ¡Por una hora más!

LINA. – Bailaremos... iremos al teatro...

RAÚL. – No, Lina; no... ¡Tengo que irme esta misma noche!

LINA. – ¡Qué obsesión!

RAÚL. – Lina: me ha tentado usted... Pero sea complaciente del todo.

LINA. – Si de mí depende...

RAUL. – Haga por mí un pequeño sacrificio.

LINA. – ¡Con mucho gusto!

RAÚL. – Invíteme a la finca... Pero nos vamos esta misma noche...

RAÚL. – ¿Por qué no? ... ¿Qué tiene usted que hacer aquí?... El auto está listo...

Nada más sencillo.

LINA. – ¡Sencillísimo!... ¡Loco!

RAÚL. – Pero, ¿por qué no?... Es más fácil de lo que usted cree... ¡Cuántas veces hemos salido así con Madette!... Nos llega el impulso, agarro el timón, y... En marcha... Lina: ¡se lo suplico!... ¡No sea mala! No me deje ir solo... ¿Dónde está la dificultad... Arreglan ustedes sus maletas, y...

LINA. – Por mí no hay tropiezo; pero... ¿mi tía?... ¡Si nos oyera!... La pobre, cuando vamos a veranear, empieza a prepararse como en sus tiempos, con un mes de anticipación. Cree que ese viajecito de tres horas es algo extraordinario... Se horrorizará cuando le diga que el plazo es sólo de quince días... ¡Ya la oigo rezongar!.

RAÚL. – Pero es la única manera de hacer medio soportable esta tristeza que llevo adentro.

LINA. – Pero... sí nos vamos juntos, después de lo sucedido...

RAÚL. – Nadie lo sabrá... Llamemos a su tía.

LINA. – ¡Acabarás usted obligándome a hacer una barbaridad!

RAÚL. – ¿Cuál es el número? (**Va resuelto, al teléfono**) ¡Ah, ya recuerdo!... (**Llama**).

LINA. – ¡Pero usted es un huracán!

RAÚL. – (**Al teléfono**). ¿Quién? ... ¡Un momento!... ¡Van a hablarle!... (A LINA)... Aquí está... Si llega Darío, dígale que dentro de cinco minutos regreso.

LINA. – ¿A dónde va?... (**Recibe la bocina**)

RAÚL. – A sacar el auto...

LINA. – ¡No pierde usted tiempo!

RAUL. – A las nueve paso a buscarlas.

LINA. – ¡Ah!... ¡No le garantizo!

RAUL. – ¡A las nueve en punto!... Espéreme con las maletas listas.

(**Sale RAUL a. toda prisa por la izquierda**).

LINA, sola, al teléfono:

¿Aló?... ¿Encarnación?... Oye, viejita: dile a mí tía que pase al teléfono... (**Pausa, durante la cual LINA se mira al espejo y se maquilla**) ... ¿Qué?... No importa que esté con dolor de cabeza. Dile que es urgente... No importa que esté de mal humor, (**Continúa el maquillaje**)... ¿Aló? No, no, no. Dile que tengo que hablarle personalmente, que no puedo mandarle la razón, y menos contigo, que todo lo entiendes al revés... (**Pausa**)... Aló ¿Aló?... No, nada grave. ¡Cálmate! (**Se alcanza a oír por la bocina la retahíla de protesta**) ¡Que no sucede nada grave!... ¡Por Dios! ¡Si estoy gritando!... Oye: nos vamos esta misma noche para la finca... ¡Para la finca!... No, no hablo en broma... Si: tú y yo... No importa... No importa... Tampoco importa... ¡Ay, es tan horriblemente complicado, que no te lo puedo explicar por teléfono!... ¡Dentro de un cuarto de hora estoy allá... (**Cuelga**).

(**Entra por la izquierda DARÍO**).

DARIO. – (**Mirando para todas partes**). ¿No está aquí Raúl?

LINA. – Acaba de salir. Pero dijo que volvería dentro de un momento.

DARIO. – Tanto mejor.

LINA. – Piense que tuvo una pelea terrible con Madette, y ella se fue de la casa.

DARIO. – ¿Se fue?... ¡Y usted tan tranquila!

LINA. – Le hice a Raúl todas las reflexiones imaginables, para que vaya a buscarla; pero, ¿qué quiere usted?... Lo mejor es no meterse mucho en estos enredos.

DARIO. – ¡Sorprendente!... ¡Quizá usted ni se da cuenta de que, si Madette abandonó la casa, fue precisamente porque usted logró su propósito; porque usted...

LINA. – ¿Entonces soy yo?... ¿Es mi culpa?... ¡Era lo que faltaba!... ¿Y para eso me llamó usted?

DARÍO. – Para que repita delante de Raúl lo que usted fue a decirle hoy en la tarde, cuando nos dejó en la biblioteca. Raúl subió en un estado tal de excitación, que lo comprendí todo.

LINA. – Entonces, ¿esto es una celada?... (**Divertida**). ¡A usted le encantan los conflictos!

DARÍO. – ¿Cree usted que no he comprendido el alcance de sus más insignificantes palabras?

LINA. – ¡Que clarividencia!... ¡Veo que el hecho le preocupa más de lo que pudiera

suponerse!

DARIO. – (**Muy disgustado**). ¿Qué le dijo usted a Raúl?... ¿Qué inventó usted para lograr lo que se proponía?

LINA. – ¡Qué maravilla!... Nada le dije.... (**Resuelta**). Pero al hablar, no habría tenido que inventar cosa alguna para abrir los ojos de ese pobre hombre.

DARÍO. – ¿Qué chisme es ese?

LINA. – Cálmese. No enrede las cosas más de lo que están... Comprendo que su situación es difícil... Hablemos sin rodeos... Si me llama para que yo le ayude a salir del atolladero, tengo el mayor gusto.

DARÍO. – No le permito ni la más leve sospecha que...

LINA. – No hablo de sospechas. Me refiero a la verdad: a las confidencias que me hizo la misma Madette... Fue ella quien me puso al corriente de todo.

DARÍO. – (**Furioso ya**). ¿De qué?... ¿Al corriente de qué?

LINA. – Del cariño que se tienen desde hace algún tiempo... Y del retratito que ella lleva en la cartera... ¡Ay, mamacita!... ¡Con que soy yo quien atiza la hoguera y saca a Madette de su casa!

DARÍO. – No le permito a usted, Lina, por ningún motivo...

LINA. – ¡Confiésemme que es cierto, hombre! ¡Y le ayudo en todo lo que pueda!... Si quiere, convenzo a Raúl de que está equivocado... Sería hasta una buena acción, en todo caso, porque él la adora... Le diremos que el tal retrato, si acaso lo ha visto, es mío... Eso: que yo se lo di a guardar a Madette.

(**Suena el timbre**)

DARÍO. – Afortunadamente, ahí está Raúl.

LINA. – (**Precipitándose a mirar por el ojo de la cerradura**)... ¡Es Madette!

DARÍO. – ¿Madette?

LINA. – Voy a pedirle a ella que repita delante de usted todas las confidencias que me hizo... (**Trata de abrir**).

DARÍO. – (**Asustado, vacilante**). Espere un momento...

LINA. – ¿Le alarma el proyecto? ... ¿Prefiere que no hablemos más del asunto? ¡Es lo práctico!... ¡Porque se le volvió el cristo de espaldas!... Pero le advierto: ¡no

más celaditas conmigo! (**Abre la puerta de la izquierda**).

(**Entra MADETTE**).

MADETTE. – (**Muy emocionada**). Buenas noches

Darío... (**Al ver a LINA, controla su emoción y finge alegría**). ¿Tú, querida? ... ¡Qué sorpresa!.... ¡Qué gusto!

LINA. – Vine a verte posar...

MADETTE. – ¿Y cómo adivinaste que estábamos trabajando con luz artificial?

LINA. – Ya ves... ¡Pero no avanzan!...

MADETTE. – (**A DARÍO**) ¿No ha llegado Raúl?... Me dijo que viniera acá a buscarme, para que nos fuéramos los tres al teatro.

LINA- ¡Pero si acaba de salir! ¡Qué mal informada!

MADETTE. – ¡Ah!... ¿Sí? ...

LINA. – Y hasta creo que tenía otro proyecto...

MADETTE. – Lo mismo da una cosa u otra, ¿verdad, Darío?

LINA. – Entonces... como no estoy invitada...

MADETTE. – ¿Te vas?... ¡Qué lástima!

LINA. – Mañana pasaré a verte... Si no piensas salir...

MADETTE. – A ninguna parte... Te espero... Pasaremos todo el día juntas. ¡Qué dicha!

LINA. – (**Sardónica**). Hasta mañana, entonces, (**la besa**)

MADETTE. – Hasta mañana...

(**Sale LINA por la izquierda**).

DARÍO. – Madette: ¡es insensato lo que estás haciendo!

MADETTE. – ¿Ya lo sabes todo?

DARIO. – Sí. ¡Es imperdonable! ¡Nunca te hubiera creído capaz!

MADETTE. – (*Rompe a llorar*). ¿Lina lo sabe ya?

DARÍO. – ¡Claro que sí!

MADETTE. – (**Golpeando con el puño de la derecha la palma de la izquierda**). Pero que le di el gusto de dejarle comprender nada... ¡Estará dichosa!

DARÍO. – Dime ante todo: ¿qué vienes a hacer aquí a estas horas?

MADETTE. – ¿Me voy entonces? ...

DARÍO. – Sí. Pedimos un taxi, y regresas a tu casa inmediatamente.

MADETTE. – ¡Allá, nunca!

DARÍO. – ¡Tengamos juicio!

MADETTE. – He resuelto no volverlo a ver... Si vengo aquí, es precisamente porque... porque...

DARÍO. – Porque sospechabas que aquí ibas a encontrarlo,

MADETTE. – No quiero saber más de él... Haré todo lo posible para olvidarlo, y lo lograré.

DARÍO. – Pero, ¿con qué objeto? ...¿Por qué motivo?...Todos los hombres enamorados tienen derecho a una crisis de celos, más o menos injusta.

MADETTE. – Eso es lo triste: que no creo en tales celos. Si la idea del engaño le molestara de veras, no habría podido dominarse; habría...no sé: un hombre que quiere a su mujer y cree que ella lo engaña, no se pone a pensar fríamente En lo que más le convenga hacer...Raúl no ve en mí sino un ser insignificante, que le estorba...Me dejó ir sin que yo le oyera la menor protesta...

DARÍO. – Eres una mujercita tan feliz, tan mimada por la suerte, que necesitas inventar desdichas para quedar igual a los demás mortales... Pongámole fin a esta farsa.

MADETTE. Perdóname si he venido a molestarte...Pero, ¡he sufrido tanto... necesitaba hablar con alguien que entendiera mi situación...Me sentía tan desgraciada, que estuve a punto de...

DARÍO. – ¿Suicidio tenemos?... ¡También!

MADETTE. – Si no lo hice fue porque...

DARÍO. – ¡Una mujer enamorada, con un marido que la adora, y con esas ideas

sombrías!... ¡Qué contrasentido!... Piensa más bien en tu hogar, que te espera y que otras envidiarían... (**Toma la bocina**).

MADETTE. – Es inútil. No llames (**Le retira la mano del teléfono**)

DARÍO. – (**Colgando**). Madette: comienzo a temer que... no me has confesado toda la verdad .

MADETTE. – ¿Cuál? ...

(**Pausa**)

DARÍO. – Dime con franqueza... Tal vez... ¿no quieres a Raúl lo suficiente para perdonarle la pequeña falta que ha cometido? ...

MADETTE. – No hablemos más de él.

DARÍO. – (**Tomándole las manos**)... ¿No estarás acariciando ilusiones nuevas? ... ¿Ilusiones locas? ...

MADETTE. – Darío; ¿serías capaz de hacer por mi lo que te pidiera?

DARÍO. – (**Con mimo**). Vamos a ver...

MADETTE. – Necesito olvidar a Raúl... y creo que la manera de lograrlo...

DARÍO. – (**Emocionándose**). ¿Cuál será? ...

MADETTE. – Entre él y yo hay un vacío. Vivimos inconformes, aunque hagamos lo posible para compenetrarnos... Y ya que se presenta esta oportunidad...

DARÍO. – ¡Que raro!

MADETTE. – ¿Qué?

DARÍO. – Ese afán de dejar a Raúl, sin contar de seguro con nada mejor... (**Enérgico**). ¡Hay algo en tu vida, Madette, que yo ignoro!

MADETTE. – Nada todavía....

DARÍO. – Hasta donde conozco el corazón, y sobre todo el corazón femenino, sé que no se abandona fácilmente un afecto sin la seguridad de otro... O al menos sin el atractivo de una aventura. ¡En tu vida hay otro hombre!

MADETTE. – Por lo pronto...

DARÍO. – ¿Quién?

MADETTE. . – Solo... Un deseo de fuga...

DARÍO. – -¿A dónde?

MADETTE. – No sabría explicarlo...

DARÍO. – ¡Peligroso. Abandonarías por despecho lo noble que hoy tienes para caer tal vez en lo vulgar.

MADETTE. – Pero si no aprovecho esta ocasión para olvidarlo...

DARÍO. – ¡Qué difícil es olvidar!... Hablas del olvido como los niños cuando tienden la mano para alcanzar la luna.

MADETTE. – ¡Ayúdame, Dario!

DARIO. ¿A olvidar?... Quién sabe si, ya en brazos de otro, echarás de menos lo que hoy desprecias.

MADETTE. – No...

DARÍO. – Si...Porque lo tuyo no es desencanto, sino sólo inconformidad...Quieres dejar un amor incompleto sin darte cuenta de que en el fondo...hay amor.

MADETTE. – ¿Qué harías en mi caso?

DARÍO. – Ante todo, evitar el dolor ajeno.

MADETTE. – Raúl ha conocido tantas mujeres, que una más o menos nada significará en su vida.

DARÍO. – ¿yYsi al cabo descubrieras, ya tarde, que no es así?... Porque el amor, Madette, como pasión egoísta, engaña.

MADETTE. – Hablas así porque no has querido nunca... Ni te sientes capaz de querer... Lo has dicho muchas veces.

DARÍO. – De querer, sí.

MADETTE. – ¿Y si el amor te llegara? ...

DARIO .Llegaría sin violencia; no porque yo lo persiguiera, sino como algo inevitable....

MADETTE. – ¿Y entonces?... ¿Qué harías?

DARIO- Qué haría... Ante todo... N herir. Y luego.. Pero ahí está tu marido.

(**Suena el timbre**).

MADETTE. (**Poniéndose en pie y dejando un pañuelito sobre el diván**). No quiero verlo, (**va hacia la derecha**).

DARIO. – ¡No te escondas! ¡Se complicaría más la situación! ¡Un sitio sospechoso!.. ¡Un galán... ¡El marido que llega!... la mujer que se esconde... Solo faltarían ya los padrinos... Y disparos por sobre nuestras cabezas, a veinte pasos de distancia....

MADETTE. – (**En la puerta de la derecha, en sordina**). No le digas que yo estoy aquí.

DARIO. – (**Mirando el pañuelito**). Hazme el favor de quedarte ahí.

(**Suena de nuevo el timbre**).

MADETTE. – ¡No, Darío, no!... ¡El ya no existe para mí! (**Sale por la derecha y cierra la puerta**).

DARÍO. – ¡Madette!...

MADETTE. – (**Dentro**). No, no.

DARÍO. – (**Sonriendo y decidiéndose**)...Está bien.... ¡Qué remedio! (**Abre la puerta**).

(**Entra por la izquierda RAÚL**).

RAÚL. – (**Sereno**). Aquí me tienes.

DARÍO. – Te esperaba.

RAÚL. – Te había dejado razón de que... (**Mira el pañuelo**).

DARÍO. – Sí, sí... ¿Qué miras?

RAÚL. – Nada.

DARÍO. – ¿Te intriga ese pañuelo?

RAÚL. – No entiendo.

DARÍO. – Tómalo... Te pertenece... Es de Madette.

RAÚL. – (*Frunciéndose, pero conteniéndose*). ¿Está aquí?

DARÍO. – Acaba de llegar... Pero dice que no quiere verte.

RAÚL. – No es necesario.

DARÍO. – Siéntate.

RAÚL. – No, gracias... Te dejo... Los dejo...

DARÍO. – ¿Sin más explicaciones?

RAUL. –...Después de estrecharte la mano... ¿Por qué no?...Me voy de Bogotá dentro de... (*Mira el reloj y el brazo le tiembla*)... de media hora...

(*La puerta de la derecha tiembla también un poquitín*).

DARIO. – ¡Ah! ¿Sí?

RAÚL. – ¡Nada más sencillo! Hace algunos días, eras tú quien proyectaba irse. ¡Hubiera sido una locura!... Ahora soy yo quien se va... ¡Eso es lo indicado!... Los dejo en libertad... Vivan su vida... La mía iré a reconstruirla a otra parte... Eso es todo... Darío: tu mano.

DARÍO. – Extendiendo la mano hacia el diván.. ¡Siéntate ahí!

RAÚL. – No hay objeto.

DARÍO. – (*Autoritario*). ¡Que te sientes!

RAÚL. – En estos casos, las palabras sobran...No te guardo rencor, ni he de ser un obstáculo... Tú quieres a Madette... Ella te quiere....

DARÍO. – (*Fastidiado*). ¡Deja ya el super-hombre! ¡No seas necio. (*Enérgico*)... ¿Crees que si yo, el hombre franco, egoísta —porque soy egoísta—...que si yo la quisiera como tú supones, me habría puesto en rodeos?...¿Qué habría vacilado en decírtelo... Y en disputártela frente a frente?

RAÚL. – (*Sonriendo con triste condescendencia*). Madette es más sincera que tú...

DARÍO. – ¿Qué quieres decir?

RAÚL. – (*Con firmeza*). Que si no hubiera estado yo seguro, completamente seguro, del cariño que ustedes se tienen, no la habría dejado salir de mi casa.

DARÍO. – (*Desconcertado*). No entiendo... Conozco el origen de todas estas cosas... ¡Es Lina!

RAÚL. – Adiós Darío....

DARÍO. – Es ella...Pero ha enredado todo a tal extremo, que... ¡Aguarda!... ¡Es preciso que hablemos los tres!... (**Va a la derecha**). ¡Madette!

RAUL. – No me interesa verla... No compliques más las cosas.

DARÍO. – (**Temblando**). Creo que ni tú ni yo sabemos de qué se trata... Raúl: yo no estoy enamorado de tu mujer. Si algo he de reprocharme, es justamente el no haberlos querido lo necesario para evitar este conflicto, que yo sentía venir. Desde un principio me di cuenta de tus celos.

RAÚL. – En cuanto a eso...

DARÍO. – No lo niegues. Sería falta de carácter... He debido dejarte tranquilo desde hace mucho tiempo... Desde la primera vez que decidí no volver a verlos... Pero no tuve valor para renunciar a la inspiración que en ella encontraba y a su interés por mis sueños artísticos... (**Toma el cuadro**)... Este cuadro es mi único delito... (**Lo tira al suelo**), Como de costumbre, he puesto el arte por encima de todo, sin tener en cuenta el estorbo, y aun el peligro que yo representaba en tu vida... Por lo demás... Pero quiero hablarte delante de Madette... (**Va a la derecha**). Hazme el favor de venir acá, Madette... (**Entra Y la saca a la fuerza, de un brazo**).

MADETTE. – No, no.

DARÍO. – Es necesario

MADETTE – Déjame ir Darío. ...

DARIO —Raúl: te repito: ¡No estoy enamorado de tu mujer. Quiero decir, en la forma egoísta como se entiende el amor... Siento por ella una gran ternura, un respeto profundo... Deseo verla feliz a todo trance... Y ahora los dejo solos.

RAÚL — Soy yo quien los deja.

DARÍO. – (**Deteniéndolo**), No creas que rechazo, óyelo bien, ninguna responsabilidad que me atribuyas. Te ruego que le hables sinceramente, que le abras el corazón, que te acerques a ella sin recelos ni hipocresías... ¿Sospechas que tu mujer me quiere, ¡Está bien!... ¡Nada tiene ella que temer, ¡Puede confesártelo! ... ¡Si me quiere, déjala aquí. La consagrará toda mi vida... Pero no es eso lo que deseo, Prefiero encontrar a mi regreso el estudio vacío... Comprenderé que nada ha sucedido entre ella y tú, que se han ido juntos... Dándose cuenta de su felicidad...

(**Sale DARÍO por la. izquierda. Una pausa**)

MADETTE. – Raúl...

RAÚL. – ¿Qué quieres?

MADETTE. – ¿Ya te vas?

RAÚL. – Sí...

MADETTE. – Está bien... Pero Raul...

RAÚL. – Ya lo has oído: nada tienes que temer. Aquí encontrarás la consagración, el afecto que conmigo echaste de menos.

MADETTE. – ¿Crees tú?....

RAÚL. – Adiós,

MADETTE. – ¿acaso es todo lo que me dices cuando vamos a separarnos, quizá para siempre?

RAUL. – Madette: me lo has robado todo: mi mejor amigo, mi más grande amor, mis más bellas ilusiones. La paz definitiva que creía haber encontrado... Me siento ahora el hombre más solo... Sin embargo, de nada te acuso. Busco más bien disculpas para justificarte. Deseo que seas feliz

MADTTTE. – (*Tomándole una mano tímidamente*) ¿Crees que seré feliz. lejos de ti,

RAUL. – ¿Por qué temes hablar con franqueza?... ¡Tú lo quieres!... ¡Lo quieres desde hace mucho tiempo!... Llegó por desgracia cuando ya eras mi mujer... Por eso, cuando él se iba, me enviabas a buscármelo..., y como no te atrevías a confesarme tu secreto, buscabas siempre la manera de sugerírmelo, para que yo te dejara en libertad... Perdóname si hubo un momento en que te juzgué mal hasta el punto de. " . ¡NO! ¡Sé que nunca hubieras sido capaz de traicionarme!... Pero confiesa que esperabas con ansiedad este instante, tan grato para ti, tan, ¡Adiós, Madette!.... (*Esconde la cara*).

MADETTE. – ¡Mírame!

RAÚL. – ¡Déjame salir!

MADETTE. – (*Interponiéndose*). ¡Cuando me hayas mirado de frente!

RAÚL. – (*Dejando descubrir sus lágrimas, rabioso*). ¡Basta ya!

MADETTE. – ¿Lloras?

RAÚL. – No.

MADETTE. – No escondas la cara... Déjame ver esas lágrimas... Supieras lo que significan para una mujer enamorada...

RAÚL. – ¡Acabaras por descubrir que estabas equivocada!

MADETTE. – (**Vehemente**). ¡No puedo más!... ¿Me crees capaz de pensar siquiera por un segundo en otro hombre que no seas tú?... ¡Mi amor!... ¡Mi único amor!... ¡Quisiera para mí todas las torturas, a condición de no verte llorar!

RAÚL. – (**Enérgico**). ¿Cómo? ¡Es a mí a quien quieras... ¡Pero es a él a quien buscas!... ¡Llevas su retrato!... (**Lo saca bruscamente de la cartera**). ¡Y es a mí a quien quieras!

MADETTE. – (**Sonriente e impasible**), ¿Lo habías visto?

RAÚL. – ¿Qué te propones?... ¿Volverme loco?

MADETTE. – Lina te lo dijo, ¿no es cierto?

RAÚL. – Qué importa quién me lo haya dicho?

MADETTE. – No soy tan cándida para no comprender que ella es mi mayor enemigo... La atraía solamente porque necesitaba tenerla cerca y adivinarle sus intenciones... ¡Pero cayó en la trampa!... Ese retrato lo guardé delante de ella, para que te lo dijera... Y hasta le dejé sospechar que Darío y yo nos queríamos.

RAÚL. – ¿Y esa dedicatoria?

MADETTE. – (**Riendo**). ¿No conoces mi letra?... Yo la escribí.

RAÚL. – (**Tras una sonrisa de descanso, con gesto de enfado**)... Pero, ¿con qué objeto haces esto?

MADETTE. – ¡No te pongas ahora de mal humor!... Reconozco que hice mal... Pero, como mientras más cosas inventaba yo para ponerte celoso, más te alejabas de mí... ¡Eso me desesperó!... Comprendo que he sido una loca; pero, para mí, verte celoso y brusco era tener la seguridad de que me querías...

RAÚL. – ¡Loquita!... Dices que me quieras, y no sabes todavía qué cosa es el amor... ¿Crees tú que mi pasado, que tanto te preocupa, guarda nada que pueda halagarte?... Ese pasado, un poco tormentoso, no hizo sino preparar mi corazón para un amor tan elevado como el que te tengo... Y todavía no entiendes...

MADETTE. – ¿Nos vamos? ...

RAÚL. – (**Cálido**). Sí...

MADETTE. –...Pero...

RAÚL. – ¿Pero qué?

MADETTE. – Dejémosle algunas palabras... para no herirlo...

RAÚL. – El comprenderá....

MADETTE.. – (**Alzando el cuadro**)... Al menos que no encuentre su cuadro por el suelo... (**Lo coloca en el caballete**).... ¿Crees que ahora querrá terminarlo.

RAÚL. – ¿Por qué no?

MADETTE. – ¿Le dirás que vuelva a vernos? ...

RAÚL. – (**Algo fúnebre**). Sí.

MADETTE. – ¿Qué te sucede? (**Le echa los brazos al cuello**).

RAÚL. – No sabría explicártelo.

MADETTE. – ¿No crees en mi cariño?

RAÚL. – Eso es lo doloroso... Que creo en él...Y que lo necesito...

MADETTE. – ¿Vamos?... (**Le hunde la cabeza en el pecho**).

RAUL. – (**Abrazándola**). Si, vamos...

(**Toman la vía de la calle, mientras el telón cae**).

FIN